PUBLICACIONES DE "REVISTA DE LITERATURA"

(Fascs. 16.—Octubre-Diciembre de 1955.—Págs. 228 a 238 y
Fascs. 17-18.—Enero-Junio de 1956.—Páginas 139 a 148)

EDICION ESPECIAL DE 40 EJEMPLARES
NUMERADOS, NO VENALES

EJEMPLAR NUM. 11

U565766

VICENTE ESPINEL, POETA DE LA REINA ANA DE AUSTRIA

El día 26 de octubre de 1580 moría doña Ana de Austria, reina de España. Su esposo, Felipe II, quedaba viudo por cuarta vez, en la viudez más solitaria que emana de su retrato pintado por Pantoja de la Cruz, que está en el Prado. Como su mano pasa las cuentas de un rosario en la pintura, su alma y su memoria pasarían los días de sus matrimonios, en que el gallardo y alegre mancebo que pintara Ticiano se había sacrificado cuando fué preciso por el bien de sus reinos, hasta venir a trocarse en aquel viejo prudente y desengañado. En aquel momento en que comenzaba ya la gran soledad que había de acompañarle hasta su muerte, recordaría, como sombras superpuestas, a sus cuatro esposas: María de Portugal, su gran amor de la juventud, la madre del príncipe don Carlos, símbolos de truncadas ilusiones; María Tudor, con quien apuró el fondo amargo del matrimonio, seca y adusta tía carnal del rey, como increíble fantasma de la enamorada que el hombre exigía al monarca; Isabel de Valois, la encantadora, que desapareció tempranamente, dejándole las imágenes de sí, gratamente dolorosas, de Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela... Y ahora, esta otra que parecía venir a compensar tantas amarguras con su sereno y fiel amor, fecunda cual ninguna, que le dejaba un heredero, aun cuando fuese tan poco semejante a él como Felipe III..

¡Muerte desdichadísima la de la reina! Ella había sido tal vez la más completa esposa del monarca y la más querida de sus vasallos. Reunía cualidades superiores a sus antecesoras, incluso Isabel de Valois.

Empezaba por ser española; nacida en Cigales (Valladolid) cuando sus padres, el emperador Maximiliano de Austria y su esposa doña María, hermana de Felipe II, gobernaban España en ausencia de Carlos V y del príncipe don Felipe, su hijo, con quien vino a desposarse.

Cuando llegó a España para casarse, en sus veintiún años, lucía una belleza blanda y blanca, de arrogante presencia.

Al ser recibida, tras un triunfal viaje, en Segovia —donde se celebró la boda— por su tía, la discretísima princesa doña Juana, que la hizo

entrar en el Alcázar, asida de su mano, realmente se reintegraba a un ambiente familiar.

Si con ella habían venido acompañándola, desde Alemania, dos de sus hermanos, Alberto y Wenceslao, también salían a recibirla otros dos, Rodolfo y Ernesto, que se habían criado en la Corte española.

Dios, piadoso con ella, la había librado de volver a España de modo análogo, pero ciñendo como Él corona de espinas y no real diadema: estuvo prometida a su primo el príncipe don Carlos, cuya triste figura patológica sólo pudo tener atracción para el superromanticismo nervioso del siglo XIX, y la muerte del desdichado hijo de Felipe II la liberó del martirio que fatalmente la esperaba de haberse retardado la crisis de locura del heredero del trono español.

Casada con el rey, su tío, maduro, pero no viejo, su reinado, fecundo en príncipes y princesas que se malograron desgraciadamente, supo, no obstante, del sabor inolvidable de la gloria. Apenas subió al trono, triunfaba España en la victoria de Lepanto, cantada por el divino Herrera. Poco antes de su muerte se determinaba la incorporación de Portugal y sus dominios a España (1).

Su carácter sencillo y afable la dió gran popularidad, y su espíritu de trabajo se revelaba en su afán de ocuparse en labores, junto con sus damas, bordando con notable habilidad, entre todas, y principalmente la reina, una colgadura para la Capilla Real que vino a designarse con su nombre.

Su simpatía y su caridad proverbiales, más aún que sus otras virtudes, rodearon su muerte de consternación general. No sólo el reino, sino todos los dominios de España, rivalizaron en honrar su memoria, y entre ellos Milán, que elevó sus lamentos en el coro de los de todos los territorios de la Hispanidad y tuvo la suerte de que alcanzaran casualmente importancia digna de memoria, por lo siguiente:

---

(1) Por cierto que, según Zúñiga en sus *Anales*, se relaciona tal acontecimiento con la muerte de la reina: «En enero de 1580 falleció el cardenal don Enrique, rey de Portugal. Nuestro monarca alegaba derecho sobre aquel reino, como hijo que era de la emperatriz doña Isabel, hermana del rey difunto, y varón mayor en días. A este fin pasaron rey y reina a Badajoz para estar más cercanos de las providencias de la guerra. Enfermó allí el rey con tan vivo sentimiento de la reina, que, poniéndose en fervorosa oración, ofreció a Dios su vida por que no quitase al reino y a la Iglesia la de su marido, tan sumamente importante para todos. El efecto dijo que oyó Dios su oración, pues mejorando el rey, cayó mala la reina, y el que en aquél sólo fué amago de la Parca, en ésta fué irresistible golpe, que arrebató la vida de tan fina consorte en la florida edad de treinta y un años no cumplidos, el día 26 de octubre de 1580» (Cfr. FLÓREZ: *Memorias de las Reinas Católicas de España*, Madrid, 1945, t. II, pág. 461).

No mucho después de conocerse en Milán la noticia de la muerte de la reina de España, llegaba a la ciudad el ilustre Octavio Gonzaga, acompañado del poeta rondeño Vicente Espinel (1550-1624), quien, habiéndose partido de Sevilla anteriormente, había estado en Italia y, tras haber peleado en Flandes, volvía a aquel país para continuar sus aventuras y trasladarse a España de modo definitivo (1).

Octavio Gonzaga, a la sazón magistrado de Milán, acogió a Espinel en su palacio y le protegió de distintas formas, y entre ellas haciendo que se le encargaran los poemas con que la opulenta ciudad quería honrar a doña Ana de Austria después de su muerte.

El propio poeta relata así el hecho a que me refiero: «Llegué a tiempo que se celebraban las obsequias de la santísima reina doña Ana de Austria, y habiendo buscado a quien cometer la traza, historias y versos de la vida ejemplar de tan gran señora, pudiendo cometellas a muy grandes ingenios, tuvo por bien el magistrado de Milán de cometellas al autor deste libro, no por mejor, sino por más deseoso de servir a su rey y de aprender en cosas tan graves y de tan graves ingenios, y ofreciéndoles y dando noticia de Aníbal de Tolentino, excelentísimo sujeto, que lo hiciera mejor que otro en toda Europa; al fin, por más cercano, lo mandaron al autor que lo hiciese» (2).

Dejando de lado esta modestia del escritor y la concepción de los poemas que aquí se revela, lo cierto es que él era el indicado para realizarlo.

Vicente Espinel, excelente poeta en latín y en castellano, compuso versos elegíacos a la reina en ambas lenguas, que fueron leídos por su autor en la maravillosa catedral de Milán —donde adecuaron el túmulo levantado en honor de la soberana muerta— después de haber escuchado el elogio de doña Ana, pronunciado por el Arzobispo Carlos Borromeo, luego elevado a la santidad de los altares (3).

* * *

La intervención literaria de Vicente Espinel en los funerales de doña Ana de Austria, celebrados, en 1581, en la catedral de Milán, fué dada

---

(1) Cfr. PÉREZ DE GUZMÁN: *Vicente Espinel y su obra*, estudio al frente de su edición de la *Vda del escudero Marcos de Obregón*, Barcelona, «Arte y Letras», 1885 (página XV).

(2) Véase *Vida de Marcos de Obregón* (Ed. Gili y Gaya, Madrid, 1940, t. II, páginas 142-143). Cfr., además, VÁZQUE OTERO: *Vida de Martínez de Espinel*, [Málaga], 1948 (págs. 123-124).

(3) Cfr. PÉREZ DE GUZMÁN: *Ob.* y lug. cits.

a conocer, incompletamente y con poca exactitud, por Ernest Muret, en la segunda de sus *Notes sur Marcos de Obregón* (1), titulada *Vincent Espinel en Italie* (2), donde resume conocidas alusiones de la famosa novela, a las estancias de su autor en Italia, y da noticia —que le facilitó Francesco Novati, en 1899, por sugerencia del gran hispanista Morel-Fatio, maestro del autor— de la relación que se escribió y publicó acerca de la fúnebre ceremonia en que Espinel tomó parte muy activa.

Aludiendo a los biógrafos de Espinel, escribe Muret: «De m'etonne qu'aucun d'eux n'ait eu la curiosité de rechercher s'il n'existait pas quelque témoignage plus précis de sa collaboration au service funèbre, dans quelqu'une de ces relations que tenaient lieu en ce temps-là de nos journaux.»

Ahora bien, como a continuación se limita a transcribir, incluso en su lengua original, la nota que recibió del citado Novati, quien sólo hace en ella una transcripción sucinta de la portada y un resumen del contenido de la relación, sin reproducir nada de ella, aproveché una de mis estancias en Milán para examinar en la biblioteca del Palacio Brera el rarísimo impreso de que tuvo Muret tan reducidas referencias, y es un ejemplar de la misma edición, que otro, utilizado por el Padre Zarco Cuevas, que lo creía único, por su probada rareza—aunque ya se conozcan dos—, conservado en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (3).

* * *

Se trata de un folleto curiosísimo (4), en que se da cuenta de la fú-

(1) En *Mélanges de linguistique et de littérature offerts a M. Alfredo Jesnroy par ses élèves et ses amis*. París, 1928 (págs. 325-332).

(2) *Ob. cit.*, págs. 328-331. Las otras notas sobre Espinel son: 1. *Descenses et passes* (págs. 325-328), tal vez la más interesante, sobre la designación común a los capítulos del *Marcos de Obregón*, en relación con los de otras obras de la época; y 3. *La fin du roman* (págs. 331-332), en que se refiere a un pasaje del texto de la novela, alterado, no corregido por sus editores posteriores, incluso Gili y Gaya.

(3) Véase *La primera edición de unas poesías latinas y españolas de Vicente Espinel*. (En *Boletín de la Real Academia Española*, T. XVIII (1931), págs. 91-101.) El ilustre agustino se limita a reproducir, tras un breve comentario y con algunas erratas, los pasajes del folleto que se refieren a la intervención de Espinel, tal como figuran en el original—no descrito detalladamente—, y no parece conocer la nota de Muret.

(4) (Véase la lámina correspondiente.) En 4.º marquilla (20 × 15 cms.) de 30 fols., s. n.: Sigts. [A1] + A2 + [A3] + [A4]: B[1] + B2 + [B3] + [B4]: C[1] + C2 + [C3] + [C4]: D[1] + D2 + [D3] + [D4]: E[1] + E2 + [E3] + [E4]: F[1] + F2 + [F3] + [F4]: G[1] + G2 + G3 + [G4] + 2 fols., sin signatura, de los cuales el primero es la Portada (v. en b.) y los restantes el texto.

nebre ceremonia y del importante papel que Vicente Espinel desempeñó en ella, reproduciéndose los versos que escribió el poeta rondeño.

Al frente figura una dedicatoria, en italiano, al Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Sancho de Guevara, castellano, Gobernador del Estado de Milán y Capitán general de Su Majestad, y a continuación se describe el monumento funerario y se transcriben las inscripciones y los versos en latín y castellano que se pusieron en el templo.

El célebre artista milanés Pellegrino Pellegrini, que había de morir no mucho después (1), fué el encargado de trazar y ejecutar el monumento y la ornamentación de la catedral en su interior —cuyo diseño, presentado a don Sancho de Guevara y aprobado por éste (2), no he logrado encontrar— y es, además, por encargo de Guevara también, el autor de la relación que ahora se reimprime, según indica él mismo en el comienzo (3).

En el texto, donde se detalla con toda clase de pormenores, puede verse la complicada decoración que montó Pellegrini y la colocación en ella de las inscripciones y versos (4).

Al final, respecto de los autores de unas y otros, GiGuliano Goselini (5)

Un ejemplar en la biblioteca del Palacio Brera, de Milán (sig. G. G. r, 39) inserto en un volumen facticio, formado por diversos folletos y en perfecto estado de conservación. Otro, como ya he indicado, en la biblioteca de El Escorial, también en buen estado, que utilizó el Padre Zarco Cuevas.

(1) En 1592 Peregrín de Peregini, *Tibaldi*, como también se le llamó, había nacido en Milán en 1527 y se trasladó a Roma, donde estudió con Bartolommeo Ransenghi, y en la Ciudad Eterna ejecutó varias pinturas notables en el castillo de Sant Angelo y en otros edificios. Anduvo por Bolonia, Loreto y Ancona, donde siguió pintando, pero más tarde se dedicó a la Arquitectura y a la Escultura. Como arquitecto es autor del Palazzo della Sapienza, de Pavía, entre otras obras. Fué nombrado intendente de Obras Públicas en el Milanesado, cargo que desempeñó durante veinte años. Felipe II, que conocía bien sus méritos, hizo venir a Pellegrini a El Escorial, donde pintó varios frescos, entre ellos los de la Biblioteca, de gran tamaño, y dejó varios cuadros de su mano. Parece ser que el monarca español le recompensó con cien mil escudos y un título de marqués.

(2) Cfr. fol. 2 r.

(3) Cfr. fol. 2 r.

(4) Véanse los fols. 2 r a 12 v.

(5) Fué notable historiador y poeta y tuvo importantes relaciones con los españoles. Nacido en Roma en 1525, acompañó a Fernando de Gonzaga cuando fué nombrado gobernador de Milán en 1546, y se quedó en esta ciudad de secretario de aquel prócer, cargo que desempeñó asimismo con sus sucesores, los duques de Alba, de Sessa y de Alburquerque, si bien este último le acusó de la muerte de uno de sus amigos y le encerró en prisión, de donde le libertó, reponiéndole como secretario suyo, de nuevo, el marqués de Almonte. Y ha de decirse que no anduvo equivocado en ello,

y Vicente Espinel, nos dice Pellegrini lo que realizó cada uno, siendo el poeta rondeño quien tuvo a su cargo la parte principal (1).

Tras la pormenorizada descripción de la decoración llevada a cabo por Pellegrini, hace éste una relación cronológica y minuciosa de todos los actos celebrados en torno a la fúnebre ceremonia, incluso el orden y lugar jerárquico de los asistentes y cada uno de los momentos de los funerales, dándonos, por su exactitud y noticias, un cuadro vivísimo de cuanto se verificó en tan memorable ocasión dentro de la bellísima catedral milanesa.

Sigue en la relación de Pellegrini el *Sermón* pronunciado por José Carlos Borromeo, a la sazón Arzobispo de Milán y Cardenal de Santa Práxedes, en Roma, en lengua italiana (3), y a continuación vuelve a tomar la pluma el famoso artista, para relatarnos con los mismos pormenores de antes el resto de la ceremonia y el orden de la procesión que se siguió, por el interior del templo, hasta el catafalco, para rezar allí los responsos con que terminó el grandioso y luctuoso acto (4).

A continuación se inserta la oración en latín que dedicó a los funerales de la reina Jerónimo Montes, jurisconsulto de Milán y Consejero real, que acaso fuera leída en algún acto profano conmemorativo (5).

Finalmente, concluye la relación con una graciosa exaltación de lo realizado por Pellegrino Pellegrini en una cuarteta del mismo (6) y cuatro

---

pues Goselini, aparte de sus méritos literarios, demostró siempre habilidad y prudencia para los asuntos y lealtad a España. Murió Giuliano Goselini en 1587 y dejó, junto con otras obras, en que sobresale su peculiar estilo elegante, pero rebuscado, las *Rimas* (Milán, 1572), que tuvieron gran éxito y acaso inspiraron a Espinel el título de su volumen de poesías.

(1) Cfr. fol. 12 v.

(2) Véanse los fols. 12 v a 14 v.

(3) Véanse los fols. 15 r a 22 v. Del Sermón de San Carlos Borromeo se hizo una edición separada, de que hay ejemplar excelente, en el mismo volumen donde se halla la relación de Pellegrini y seguramente más rara que ésta, ya que parece ejemplar único, por lo que creo interesante dar aquí su descripción biobliográfica:

«Sermone / Di Monsignor Illustriss. et Revmo. Cardinale di S. Prassede / Arcievescopo di Milano / Sopra l'esseqvie della Serma. D. Anna D'Austria / Regina di Spagna. / Celebrate nella chiesa Metropolitana de Milano / adi 6 di Settembre. M. D. DXXXI. / (*Adornito*) / En Milano, / — / Per Paolo Gottardo Pontio. / M. D. LXXXI.»

En 4.º marquilla (20 × 15 cms.) de 9 fols., s. n., de los cuales el primero es la Portada (v. en b.) y los restantes de texto.

(4) Véanse los fols. 23 r a 24 r.

(5) Véanse los fols. 24 v a 29 v.

(6) Véase el fol. 29 v.

Siguiente

poemas —dos de ellos sonetos— de Giuliano Goselini (1), muy característicos de su manera poética, en que las alegorías clásicas alcanzan una elegante plasticidad pictórica, más barroca que renacentista.

* * *

Para completar el conjunto de poemas que dedicó Vicente Espinel a doña Ana de Austria, reproduzco a continuación los escritos en lengua castellana y en latín que aparecen en el folleto *Descrittione*, ya aludido (2), señalando brevemente las alegorías y circunstancias a que se refiere cada uno, para mejor comprensión del lector (3).

Bajo una alegoría que representaba el desamparo de España sin príncipe heredero y la esperanza que se tenía en la nueva Reina, doña Ana, que se lo dió—el futuro Felipe III—, aparecían estos versos latinos del poeta de Ronda, como todos los demás que siguen:

Parce piis lachrimis, lachrimis Hispania parce;
Austria namque dabit, quod Libitina tulit.

y, a ambos lados, estos dos cuartetos, en que no falta una cierta ingenuidad popular, en el ceño adusto del Rey y la inspiración divina de Ana para serenárselo con un sucesor:

Hallóse España entre temor y llanto,
sin propria reina y principe heredero;
el mundo puesto en confusión y espanto,
el semblante real grave y severo,
mas pudo de ANA el justo celo tanto,
inspirada de algún divino agüero,
que vino de Austria a España en tiernos años,
a restaurar con gloria nuestros daños.

Al pie de las imágenes de los reyes, representadas con el águila, símbolo del poder universal, y el pavón, símbolo del amor conyugal, respectivamente, unos versos latinos:

Unus amor talem potuit conjungere nodum,
Quem mors haud poterit solvere, dira licet.

flanqueados por las quintillas siguientes, que revelan, una vez más, la facilidad para versificar de Vicente Espinel, aunque repita una de las rimas:

(1) Véanse los fols. 30 r y 30 v.

(2) Págs. 11-2 sin numerar.

(3) Al reproducir ahora los textos, lo hago con la ortografía actual para más cómoda lectura y corrigiendo las erratas y deshaciendo las abreviaturas. Los textos latinos han sido revisados por el ilustre latinista don José López de Toro, a quien agradezco una vez más la valiosa ayuda de sus conocimientos.

Tanta igualdad y firmeza
hubo, y natural valor,
en junta de tal grandeza,
que a no ser parte el amor,
lo fuera naturaleza.
Mas ella hizo la obra
de conformidad tan alta,
con lo mucho que le sobra,
que no tuvo el uno falta
ni el otro punto de sobra.

En cierta representación de la Reina lavando los pies a doce pobres, como se solía en Palacio el día de Viernes Santo— lo que sin duda debía de impresionar mucho al religioso pueblo español, viendo la realeza rendida por la caridad de Cristo— figuraba debajo este dístico latino:

Et solita est, Christi vestigia sacra secuta,
Pauperis inmundos munda lavare pedes.

y en la parte superior, esta octava real, en que el diminutivo cariñoso del último verso da un tono de ternura popular:

¡Oh, prendas dignas (1) de memoria eterna,
de la mayor grandeza que se ha visto,
en que ha mostrado de su edad más tierna
el pecho ardiendo en el amor de Cristo!
¡Que la que el mundo en su querer gobierna
tenga su amor con el de Dios tan mixto,
que su corona y cetro desdeñando,
del pobrecillo esté los pies lavando!

Se representaba en otra escena la de Felipe II en trance de muerte, cuando al ofrecer la Reina su vida por la del Rey, Dios aceptó su sacrificio, y murió doña Ana, como ya se indicó y reflejan los versos latinos que copio a continuación:

Austriadum Regina videt, dum fata Philippi
Conjugis, atque orbis proxima damma fore;
Pectore suspirans, Mundi miserata laborum,
Sic exorabat supplice corde Deum;
In me vertantur potius tam dira flagella,
Quam videam mundum tanta pericla pati.
Quam simul audivit summus fabricator ab alto,
Annuit, atque Annam coelicolam statuit.

(1) Original: *diñas*, por italianismo fónico.

DESCRITTIONE DE L'EDIFICIO, ET DI TVTTO L'APPARATO,

CON LE CERIMONIE PERTINENTI à l'Essequie de la Serenissima D. ANNA d'Austria, Regina di Spagna.

CELEBRATE NE LA CHIESA maggior di Milano, à di VI. di Settẽbre, M. D. LXXXI.

Opera di M. Pellegrino de' Pellegrini, Architetto di Sua Maestà, et de la fabrica del Duomo di Milano.

IN MILANO.

Per Paolo Gottardo Pontio. 1581.

L'Altar maggiore il quale è nel mezo del choro è, oltre ali soliti ornamenti, ornato con sette gradi in forma di semicircoli, alti braccia 1. per ciascuno, et il più basso viene à essere di sopra alla sommità del Altare; et tutti li detti gradi sono ornati di candelieri, et torchi accesi, li quali giri sono tanto lontani, che li fuochi nõ offendano il tabernacolo, nel qual è riposto il santissimo Sacramento, posto nel mezo di essi lumi.

Dal suolo ordinario del choro de' Sacerdoti, per andare al detto Altar maggiore, si sale con cinque gradi, et dal detto suolo al piano doue posa la sedia del Illustriss. Arciuescouo, ui sono tre gradi, et due gradi è alto quello delli Reu. Canonici ordinarij, et il piano delli Maceconici, et il piano ordinario serue per li Chierici del Seminario.

Il suolo, ò pauimento del Choro de laici al presente fatto, resta più basso tre gradi, che non è il detto piano del Choro ecclesiastico; et la distintione delli gradi del detto Choro de laici, è come à basso si trouarà descritto.

Tutto questo, che di sopra hò descritto, è quanto nell'apparato di queste essequie della Sereniss. Regina nostra Sig. si è fatto, secondo l'inuention mia, et disegno dato all'Eccell. Vostra: nelle quali essequie il Sig. GIVLIANO GOSELINI hà fatto l'inscrittione alla prima entrata per andar all'Area, et le altre inscrittioni delli Piedistalli et con esso hò conferto l'ordine, et significato de le Statue, gentilhuomo di notabil giuditio. Et il Sig. VINCENZO SPINELLO, poeta Ecc. et gentilhuomo del Sig. Duca di Medina Sidonia, hà inuentate le historie, che nel corpo della chiesa son poste, et fattiui i motti, et uersi latini, et spagnuoli, che sono in dette historie, et anco i uersi del Choro, et delle due braccie della chiesa.

IL Martedì da sera, fù finito di addobare la chiesa del tutto, et poste le cere, et lampade à suoi luochi, che fù alli cinque di Settembre 1581. Questo adobbamento si saria fatto quattro giorni più presto, se non fusse stato il grandissimo concorso delle persone, si forestiere, como della Città, che empediuano gli operarij non sol il giorno, ma ancor la notte che non poteuano operare se non con gran disturbo.

A un'hora di notte, furno per ordine dato da Monsignor Illustriss. & Reuerendiss. CARLO Tit. di S. Prassede, Arciuescouo di Milano, sonate le campane della chiesa Metropolitana distese, per lo spatio d'un hora; et nel medesimo tempo furono sonate tutte le altre delle chiese parrochiale, et collegiate, qual segno dette auiso, che il giorno seguente si saria celebrato l'ufficio per l'anima de la Sereniss. ANNA Regina di Spagna, et nostra Signora, per il che ogn'uno del'clero si trouasse collegiatamente à le hore tredeci in detta chiesa, à celebrar messa, et interuenire à li diuini ufficij, col Clero de la Metropoli, et ancora che il popolo hauesse à pregar per sua Sereniss. Maestà, con la forma publicatagli per li suoi Curati, la Dominica prossima passata, d'ordine del detto Illustrissimo, et Reuerendissimo Cardinale.

Il Mercore, che fù à li sei del detto mese, furono medesimamente sonate le campane, da le hore dodeci, fin'à le tredeci, che li chiamaua à congregarsi ne li luoghi à loro assignati, per andare à la Chiesa, secondo l'ordine che se gli saria datto, per il Magn. Sig. Carlo Castano, cerimoniero di sua Eccellenza. E mentre si sonauano dette campane, furno dalli ostiarij della chiesa ornati, l'altare maggiore con suo palio di veluto nero, con una pieta nel mezzo, & due arme di sua Maestà alli lati, Tonaglie, Candelieri d'argento, et cere, con li restanti bisogni per l'ufficio et messa che si cantaranno.

A le hore 12. fù dato principio da molti ad accẽdere le cere, et le lãpade.

A le 14. furono incaminati tutti da la corte di Sua Eccell. à la Chiesa, dal suo Cerimoniero, à due, à due, con l'ordine infrascritto.

Primo, Li Nobili de la Città, et d'altri luoghi, non Feudatari, ne ufficiali.

Secondo, Li Feudatari di Sua Maestà, uestiti di gramaglia.

Terzo, Li Signori Prefetti de la Prouisione di Milano.

Quarto, Li Signori Maestri de le Entrate, et Signori Fiscali.

Quinto, Li Signori Consiglieri de la guerra.

Sesto, La guarda di Sua Eccell. partita in due ale, che haueuano nel mezzo Sua Eccell. uestita di gramaglia lunga, accompagnata dal Cerimoniero, uestito di mantello lungo, et sua bachetta solita in mano dinanti.

Dietro di Sua Eccell. seguiuano gli Molto Illustri Sign. Ambasciatori di Sauoia, Gran Cancelliero, Presidenti di tutti i Tribunali, Senatori di cappa, Senatori di toga, uestiti di gramaglia, à due, à due, secondo l'ordine de le sue promotioni.

Seguiuano poi li Sig. Dottori, et Procuratori, et gran moltitudine d'altre persone de la Città, et forastieri, et maschi, et femine.

Tutti accomodati à suoi luoghi designati, cioè Sua Ecc. al luogo solito, ornato di una camera, gienochiatoio, con coperta grãde, et doi cossini grãdi, et sedia tutto di ueluto nero, et il pauimento, con li gradi di panno.

y a ambos lados, en la parte superior, esta rotunda décima, muy típica de la poesía del escritor rondeño, según es sabido:

Hazaña fué nunca oída
en mujeril pecho fuerte,
que la Reina esclarecida
a Dios pidiese la muerte
por salvar ajena vida.
El temor fué cual jamás,
y sus intentos tan buenos,
que puesto todo en compás,
ni pudo hacerse más
ni remediarse con menos.

A la alegoría de la Reina muerta, acompañada, como en vida, de la Religión y la Prudencia y del Cuidado, el Celo y el Amor, representados estos últimos en un viejo pensativo y vigilante, seguían los versos latinos:

Mortua non moritur, lateat sub marmore quamvis;
Exuvias eius nec Libitina feret.
Materia est solum parva, quae clauditur urna;
At forma in Coelis, non peritura, manet.

y encima el siguiente soneto, del tipo «incrociato» o *enlazado*, en los cuartetos, predominantemente renacentista, que siguieron casi sin excepción los poetas del siglo XVI, desde Garcilaso al propio Espinel:

Sacras reliquias, cobertura y velo
de aquel celeste espíritu divino,
que del excelso cielo cristalino
goza sin sobresalto ni recelo;
ya que de aquel eterno y patrio suelo
tomó el seguro y celestial camino,
dejando al mundo miserable, indino,
de tal grandeza y tan piadoso celo;
holgad en paz con la mortal presencia.
Y vos alma dichosa que, en el coro
angélico, miráis la eterna esencia,
gozad de Dios el inmortal tesoro,
ya que nuestro refugio y vuestra ausencia
deja la tierra con eterno lloro.

El poeta de Ronda, en su soneto, ha seguido las normas constructivas de la elegía entonces al uso: evocación de la muerta y del llanto universal que ha producido su desaparición de la tierra, que ocupa los dos cuartetos

y se reitera con mayor angustia en los dos últimos versos de la composición, y consuelo de que se halle en presencia de Dios, que se indica en los restantes versos.

La alegoría, que representaba las tres Virtudes Teologales, llevaba debajo este dístico latino:

Sanctus Amor magnas superat virtute sorores:
Ast hic aequalem tres tenuere locum.

y encima las dos quintillas siguientes, que el original llama, por error, «ottava espagnuola» y están compuestas con la habitual soltura del poeta en esta clase de composiciones, como ya se ha visto en otras, no obstante, menos perfectas:

Fe, Esperanza y Caridad
hoy gozan de su derecho,
triunfando con libertad,
por haber hallado un pecho
conforme a su voluntad.
La Esperanza y Fe conviene
a Dios, y con tal esmalte
Caridad al pobre tiene,
que no hay virtud que le falte
ni (1) vicio que la condene.

En otra alegoría se simbolizaba la unión amistosa de España y Portugal, acaecida, como se sabe, en el mismo año de 1580, en que murió la Reina, representando a la Fama en un carro triunfal, tirado por dos elefantes y dos rinocerontes, que, siendo naturalmente enemigos, se unían amistosamente por la Reina. Al pie de ella, figuraban estos versos latinos:

Fama tuum Regina canit Regale triunphum,
Conjugii et sancti monstrat Amoris iter.

y a la cabeza, de los dos lados, esta octava real:

Suene la fama con sonora trompa
del último Poniente hasta Levante,
porque la antigüedad (2) jamás corrompe
la memoria de mí de aquí adelante.
Y para ejemplo de la humana pompa,
del amor conyugal reciba y cante
la palma que del mundo llevo y dejo,
ya que como mortal de aquí me alejo.

(1) Original: *Ili*, cuyo error no ofrece duda.

(2) Original: *lantiguidad*, por error evidente. *Antigüedad* tiene aquí, sin duda, el significado de «posteridad histórica», según el contexto.

Un Fénix, ardiendo en los rayos del sol, simboliza, de nuevo, que la Reina voluntariamente perdió su vida para salvar la de su marido, como aclaran los versos latinos que siguen:

Spirat adhuc moriens pectoris ignis
Dulcis connubii, spirat, et ipse cinis.

y encima, como en los otros, el soneto siguiente, que, separado de la alegoría, pierde bastante de su significado, como puede verse. Es una composición del mismo tipo del otro soneto anteriormente citado y mucho más logrado que él en flexibilidad, exactitud de bellas imágenes y en su rigurosa arquitectura, distribuyendo en los dos cuartetos lo descriptivo y en los dos tercetos la conclusión emanada de ello:

El vivo fuego en que se abrasa y arde
la sacra Fénix en su fin postrero,
muestra que el suyo inmenso y verdadero
comenzó presto y cesará muy tarde.
En quemar sus riquezas no es cobarde;
todo lo abrasa y sólo aquel primero
amor le resta, porque más entero
el alma propria lo conserve y guarde.
Y como fué de amor su santo origen,
el rostro vuelto al sol resplandeciente,
de nuevo enciende el pecho de alabastro;
de dos los miembros, que su cuerpo rigen.
expiran un amor que, eternamente,
deja, en la tierra y en el cielo, rastro.

En la alegoría, que representaba, por tres pavones, las tres primeras esposas de Felipe II, dominadas por un águila, con los atributos de la realeza—cetro y corona—simbolizando esta última a la Reina Ana de Austria, los versos latinos eran los siguientes:

Charior una meo vixisti pectore, quamvis
Tres aliae fuerant conditione pares.

Y, encima, a los lados, esta octava real, muy conseguida por cierto, en que se alude al deseo que tuvo la Reina de morir, en vez del Rey:

El mismo estado, ser, grandeza y gloria
poseyeron las tres, que yo poseo;
mas alcancé de todas la vitoria
en lo que fué a mi gusto y mi deseo.

Que en tu pecho real y en tu memoria,
¡oh, caro esposo!, con mayor trofeo,
dulce abrigo hallé y, con don tan raro (1),
contenta voy y el mundo desamparo.

La Reina, con el mundo a los pies, indicando haberlo abandonado, y a un lado la Gloria y al otro la Majestad, era otra de las alegorías que explicaban estos versos latinos:

Gloria, Majestas, postquam majora petivi
Stant circum mundo supposito pedibus.

y esta octava real, mejor aún que la anterior sin duda alguna, como puede verse:

La Majestad de un lado me acompaña,
de otro la Gloria me levanta al cielo;
ambas me adornan con la más extraña
honra que pudo dar el ancho suelo.
El mundo todo, que gobierna España,
tengo a los pies, después que, sin recelo,
gozo de otro mayor a que aspiraba,
cuando ligada con la carne estaba.

La alegoría que representaba a la Reina ascendiendo al cielo y saliendo de éste una mano para ayudarla, mientras las Virtudes Teologales quedan en tierra, llevaba estos versos latinos:

Suavis in, aereas ascendit spiritus auras,
Virtutesque ferunt pignora quaeque sua.

y encima, a los lados, este otro soneto, análogo en tipo a los anteriores, pero muy superior a ellos, en que, con airosas y bellas imágenes, se alude a la incorporación de Portugal a España, que, según la voz popular, pudo lograrse merced a que no murió Felipe II y fué la Reina quien ofreció su vida por él:

Almas dichosas, santa compañía,
que vais pujando al cielo, mano a mano,
haced lugar a un sacro, soberano
espíritu, que España allá os envía;
seráficas legiones que, en la vía

(1) Original: «y con *un* don tan raro», sin duda errata, ya que aspirando la inicial de *hallé*, como se hacía, queda el verso correcto.

celeste, estáis mirando el curso humano,
dad a la Reina del valor hispano
el nuevo cetro y nueva monarquía.
Permite, Dios, que, a la española gloria,
el lusitano reino esté llegado,
por paz eterna, que en el mundo quiere.
Y en pago de tan ínclita vitoria,
su propia Reina, en sacrificio, ha dado;
que tal merced, tal oblación requiere.

En la alegoría que representaba una columna con el lema *Plus Ultra*, y, más allá, otra con el *Non Plus Ultra*, simbolizando, respectivamente, el imperio de la tierra y el del cielo, se leían estos versos latinos:

Terminus hic parvus, pendetque ab origine finis:
At sine fine tamen terminus alter erit.

y estas dos redondillas, erróneamente llamadas en el original «ottava espagnuola», muy ceñidas al tema, casi epigráficas:

En ningún reino hay valor
de los que el mundo desea,
que por muy grande que sea,
al fin puede ser mayor;
mas en el otro, del cielo,
donde puse mi esperanza,
no hay fin, recelo o mudanza,
como en las cosas del suelo.

Por último, dos epitafios, que copio a continuación, dedicados a la Reina doña Ana de Austria, figuraban en distintos lugares de la Catedral, en letras mayúsculas de tal tamaño que se podían leer desde lejos perfectamente. El primero, en las dos naves que forman los brazos de la cruz del templo, sobre los paños negros que las cubrían, decía así:

Quae quibus anteferam, sunt hinc lamenta Philippi,
Hinc teneri infantis pignora chara patris.
Hinc gemitu, lachrimisque tuis Hispania Mater
Ruptus aer celeris, terra rigata gravis.
Proh dolor, hinc motu rapido, florentibus annis,
Talibus auspiciis exitus ANNA tuis.

Maestitia planctuque pios aspergere vultus
Hic decet, et lasso pectore flere nimis.
Sunt procul a nostris oculis ea lumina postquam,

Quae obstabant radiis, pulcher Apollo, tuis.
Et postquam, Regina, tuis sine fructibus atra,
Tristiaque arva manent fertilis Hesperiae.

Et Mediolani tanta decorata triumphis
Pergama, et in luctu gloria magna sedet.
Hae palatinae arces, aequataque machina coelo,
Hi muri, et turres, atque superba domus.
Haec eadem circum variis ornata figuris,
Omnia sub tristi funere moesta jacent.

Quis poterit, te absente, manus includere cordi
Regali, atque iras tollere blanditiis?
Pauper egenus ubi, aut cujus requiescere in umbra,
Et poterunt viduae, magnaque tarda senum,
Cujus et in gremiis eludet parvulus infans
Te matrem querens, te vagiendo vocans?

Haec autem lamenta Orbis, fletusque dolorque
Percutiunt animum, magne Philippe, tuum.
Et quamvis tacitum vivit sub pectore vulnus;
Quidquid habet pectus cernitur ore tamen.
Pallidus iste cinis, facies quem pallida nutrit,
Pectoris ardentis signa cruenta celat.

Nec mirum si tanta fides, concordia tanta,
Tanta simul pietas ussit utrumque latus;
Amborum si tantus amor precordia fixit,
Cordeque adhuc remanent aurea tela tuo.
Nec poterunt talem lachrimae superare dolorem,
Si ex oculis instar fluminis unda fluat.

Sed quamvis ratio planctu lachrimisque supersit,
Causaque plangendi tristiam superet;
Hic tua quae semper prudentia maxima duxit,
Hunc decet ut mentes dirigat ipsa tuas.
Excute flammigero cruciantes pectore poenas;
Lumina fac valeant lassa quiete frui.

Non tibi Carolidae prolis tam cura tenebit,
Iam tibi nunc Princeps unus, et alter adest:
Iam tua nunc coelo fruitur charissima conjux,
Maestitia et luctus commiserata tui.
Hoc propter ne plange precor, ne plange Philippe;
Ne majus damnum Mors furibunda ferat.

El segundo, colocado de la misma forma, pero en el coro, era éste:

Altera virtutis praemia magna fuit.
Tertia magnanimo tantum placuisse marito;
Dos mihi prima fuit soboles antiqua parentum;
Quarta Amor, et pietas pauperis eximia.
Quinta est uxores alias superasse valore;
Ultima sit mortis vincula ferre libens.

Hic decus Austriadum, mortalia Regna reliquens,
Se ad superas arces contulit aethereas.
Hic decor Hesperiae; spes matris magna mariti,
Gloria natorum, gaudia, et Orbis honos.
Hic Regina, Potosi cui munera misit
Annua, sub rigido marmore posta jacet.

Nihil fortunae potest, nec magna potentia Mundi,
Nec mira effigies corporis atque vires.
Nullum numen habent, si sit Prudentia, nec nos
Reddere foelices mobilitate queant.
Sola terenda via est mori ita, ut post funera vivas;
Atque itidem vivas ut moriturus homo.

Spiritus angelico, qui nunc comitatus ab omni
Ordine, resplendes crinibus auricomis,
Sydereumque Dei meruisti ascendere Regnum,
Et sacros cineres nunc capit urna tuos;
Respice de coelis, et munera suscipe parva,
Quae ex animis offert turba beata tibi.

Vivere post mortem vita est, non vivere solum;
Nec terret justos Parca tremenda viros.
Justus enim, carne exutus, coelestia Christi
Internis votis ora videre cupit,
Hoc solum poterit facere, et servare beatum,
Quod sacras mentes extulit ANNA tuas.

Hoc praedixerunt quoties arsere cometae,
Et mundo quoties horrida signa dabant.
Hoc radii praedixerunt, et fulgura dira;
Hoc solis facies turbida et atra dies,
Hoc alias toties ardentia sydera numquam
Terrificum signum funeris ANNA tui.

De las poesías en lengua castellana que escribió Vicente Espinel para el aludido acto, los tres sonetos que entre ellas figuran (1) fueron repro-

(1) «Sacras reliquias, cobertura y velo» (fol. 8 v); «El vivo fuego en que se abrasa y arde» (fol. 9 r) y «Almas dichosas, santa compañía» (fol. 10 r).

ducidos luego por el autor en sus *Diversas Rimas* (1), con algunas variantes que revelan haber utilizado una copia distinta (2).

Pero no acaba aquí la aportación de Vicente Espinel a la memoria de su reina doña Ana de Austria, tan grata para todos los españoles (3), sino

---

(1) Madrid, Luis Sánchez, 1591 (fols. 102 v; 102 r - 102 v, y 102 r, respectivamente).

(2) Incluso algo defectuosa a veces. Véanse estas variantes:

«*Sacras reliquias, cobertura y velo.*»

Verso 2:

«de aquel celeste *espiritu* divino»

Verso 3:

«que del *ecelso* cielo cristalino»

Verso 11:

«Angélico *gozais* la eterna esencia»

Verso 14:

«*dejan* la tierra con eterno lloro»

Este último verso, en cambio, mejora el texto.

«*El vivo fuego en que se abrasa y arde*».

Verso 8:

«el alma *propia* la conserve y guarde»

Verso 14:

«*dexe* en la tierra y en el acto santo».

«*Almas dichosas, santa compañía.*»

Verso 2:

«que vais *pisando el* Cielo mano a mano»

Verso 9:

«Permite Dios que a la *española* gloria»

Verso 13:

«su *propia* Reina en sacrificio ha dado»

Verso 14: Errata de imprenta: *obligación* por oblación.

(3) Fols. 100 r - 101 v. Reproducida en *Poesía Heroica del Imperio* Antología y prólogos de Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco (I. I. [Barcelona)], 1940, págs. 322-325), en descuidada lección. También se incluyó en la misma colección (pág. 321) el soneto «Almas dichosas, santa compañía» —en cuyo primer terceto se alude a la anexión de Portugal, en 1581—, pero con estos errores:

Verso 10:

«el lusitano Reino esté *allegado*», por corrección equivocada. La frase original es perfectamente correcta en la época: el reino *esté llegado* a la española gloria, esto es, que haya llegado.

Verso 12:

«y en pago de tan ínclita *victoria*». Creo innecesario modernizar la morfología de la palabra, ya que no obliga a ello la rima.

Verso 14:

Como en el texto de las *Diversas Rimas* dice, por errata de imprenta, que no hay en el texto de la relación: «que tal merced tal *obligación requiere*», se corrigió de esta for-

que en el mismo libro *Diversas Rimas* insertó una canción a la italiana (1) que no figura en la relación de Pellegrini y que reproduzco a continuación, no sólo por su interés histórico y la difícil consulta del texto original, sino, sobre todo, por su belleza singular, merecedora de que sea conocida por un amplio público de lectores.

Esta *canción* real o petrarquesca está constituída por seis estancias de quince versos cada una —trece endecasílabos y dos heptasílabos, conforme a este paradigma: A - B - C - B - A - C - c - D - E - f - D - E - F - G - G—, sin el «commiato» o tornada, característico del poema.

A lo largo de los noventa versos que la integran, Espinel desarrolla el argumento de su elegía conforme a la arquitectura al uso en la época por los poetas coetáneos: consideraciones sobre la crueldad de la muerte, que ha convertido en aquellos pobres despojos a la soberana más poderosa de la tierra y madre del príncipe heredero; el dolor del rey y del mundo entero por el tristísimo acontecimiento; el elogio de las virtudes de doña Ana; la angustiosa soledad en que ha dejado a España, sumida en la desesperación, y, en fin, la resignación del rey, ya que no ha de dudarse de que está gozando del empíreo, como correspondía a su santa vida.

Es de notar que, pese a lo convencional de este tipo de poema y a la urgencia con que debió de componerlo, sin inspiración propia, supo Espinel salir airoso de su cometido y aun conseguir aciertos indudables.

Impregna el tema de un conmovedor calor humano con alusiones a sucesos y opiniones de todos conocidos, deleitándose en describir las virtudes de la reina, para afirmar el contorno de su figura sobre el panorama de España durante su vida y los sentimientos del rey y del pueblo en relación con la muerte de doña Ana.

En algunos momentos el arte llega a conseguir la creación por una entrañable sencillez: los restos de la reina, «en otro tiempo regaladas

---

ma: «que tal merced *obligación* requiere», sin sentido y haciendo perder al verso su elegante belleza y aun su significado, pues es sabido que al enfermar Felipe II entonces, la reina ofreció su vida a cambio de la de su esposo, y su ruego generoso de sacrificio fué escuchado por Dios.

(1) No sólo Vicente Espinel, sino otros poetas de la época dedicaron composiciones, aunque de menos importancia, a la muerte de la reina doña Ana de Austria, entre ellos Francisco de Figueroa con un *Soneto a la muerte de la Reina*, con eco («Mucho a la majestad sagrada agrada») (Ed. González Palencia. Madrid, 1913, pág. 116), y un anónimo, que no he logrado descubrir, con otro *A la muerte de la Reina: Soneto en diálogo*. («MUERTE: ¿Reina de España...?—REINA: ¿Quién me llama?—MUERTE: ¡Alerta!») (En Mele y Bonilla: *Dos cancioneros españoles*. En *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid, t. X (1904), pág. 167), que es verdaderamente interesante.

prendas» del monarca; el nacimiento del príncipe, sacando «de la muerte nueva vida»; la tristeza del mundo, «que pierde a su señora y su doña Ana»; la que «con mano soberana» templaba el enojo del rey; los ancianos, los pobres, sin amparo; hasta los incrédulos portugueses echarán de menos «el favor que les falta de su bando»; «el real semblante tan suspenso» ante el dolor y sintiendo su soledad «y la del reino todo», etc., etc., son motivos de certero lirismo que mantienen con el poema un clima emotivo indiscutible, realzado por los seguros epítetos y tono digno de toda la composición, como puede comprobar el lector:

CANCION

[A LA MEMORIA DE LA REINA DOÑA ANA DE AUSTRIA] (1)

Estos despojos de inmortal memoria,
en otro tiempo regaladas prendas
del gran Monarca que gobierna a España,
fueron por quien las ásperas contiendas
entre la muerte y la española gloria
cesaron todas con victoria extraña;
valerosa hazaña
fué de tus manos, Reina esclarecida,
que estando el mundo entre temor y llanto
sin Príncipe heredero,
sacaste de la muerte nueva vida,
quitando a España un sedicioso espanto
contra la Parca y su rigor severo,
que por vengar su injuria
revuelve agora contra ti su furia.

¿Cuál tomaré por ocasión primera
al triste llanto do tan gravemente
excede la materia al sufrimiento?
¿El daño universal que el mundo siente?
¿Tu cruda muerte, arrebatada y fiera?
¿De Felipe el crecido sentimiento?
¿Tu fin atroz, violento,
que en los floridos y primeros años
tan sin respeto dió en las esperanzas
de tu divino seno,

(1) En el ejemplar que utilizo (Biblioteca Nacional. Sig. R/2432) alguien escribió, con letra del siglo XVII, como aclarando el escueto título de *Canción*, con que figura en la edición original: «en la muerte de la Reyna D.ª Ana, cuarta muger de Felipe II, 1580».

y en su lugar metió los desengaños?
Cesan de tu valor las confianzas,
cesa de Dios un pensamiento lleno,
cesa el dulce tributo
que a España dabas con tu amado fruto.

Aquí cesó del religioso celo
la gran virtud que en tu vivir mostraste
con valor y grandeza sin segundo,
mas al fin un consuelo nos dejaste,
que estás pisando ahora el ancho Cielo (1),
de Dios gozando con amor profundo;
pero ¡triste del mundo
que pierde a su señora y su Doña Ana,
su Reina y su favor más estimado
y en quien más esperaba!
Aquella que con mano soberana
del marido templaba el pecho airado,
si contra el Reino alguna vez lo estaba,
y con blandas razones
satisfacía a entrambas intenciones.

Esparza España los cabellos de oro
sobre el sepulcro que su gloria encierra,
y no perdone a su infelice suerte.
El ancho Betis con su amada tierra
dé tristes muestras de sangriento llanto,
que la esperaba en vida y vino en muerte (2):
sienta el trago tan fuerte;
que tras la negra oscuridad pasada
los temerosos ánimos asalta
del pecho castellano.
Queda la ancianidad desamparada,
la pobre gente miserable y falta,
y el incrédulo pecho lusitano
sentirá, el tiempo andando,
el favor que le falta de su bando.

Mas todas estas lamentables quejas,
¡oh gran Monarca del valor inmenso!,
hacen el eco en tus entrañas vivas,
queda el real semblante tan suspenso,

---

(1) En *Poesía heroica*: «que estés», sin razón ninguna. Sería suponer, en el poeta, la duda de que la reina estuviera en el Cielo.

(2) Alude al regreso que hubiera hecho de la jornada de Portugal, si no hubiera muerto.

que si tras la pasión llevar te dejas
las de España serán más excesivas;
en gran razón estribas
viendo los dulces hijos que engendraste
andar buscando con gemido tierno
el maternal regazo,
desamparado de quien tanto amaste,
que vino a penetrar lo más interno
del regio pecho y poderoso brazo;
sientes en grave modo
tu soledad y la del Reino todo.

Pero aunque la razón al llanto sobre
y no puedan las lágrimas ser tantas
que igualen a tu pena congojosa,
la gran prudencia con que al mundo espantas
destierra el lloro, la alegría cobra;
enjuga el rostro, el corazón reposa,
que ya tu dulce esposa
del mortal velo despojada y suelta,
tus lágrimas y rostro enternecido
desde el Cielo está viendo,
y su angélica faz hacia ti vuelta,
movida a compasión de tu gemido,
con alegre semblante está diciendo:
«reposa, dulce esposo».

No se sabe la fecha en que Espinel compuso la canción precedente, pero es lo más probable que en la misma de las demás composiciones dedicadas a la reina, si bien no se leyó en los funerales, más que por su longitud, seguramente, por el tono humanísimo que la anima, impropio de la religiosidad del acto de la catedral de Milán.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.